

LA TORRE DE LA ENCONTRADA

LEYENDA ALABESA

(CONTINUACIÓN)

Una revelación

Habían transcurrido quince días desde el aciago suceso del bosque. Durante este tiempo los dueños de la Torre no se habían dado momento de reposo para atender con toda solitud á la dama que hallaran desmayada en el encinar, y que había permanecido postrada en el lecho diez días, habiendo podido abandonarlo en éste más temprano que en todos los anteriores, por sentirse notablemente mejorada. Durante todo este tiempo ni la misteriosa mujer reveló nada á sus bienhechores, ni ellos se propusieron á indagar lo más mínimo respecto de ella; tanto más cuanto que en las continuas conversaciones que tenían con Hernando, comprendieron muy pronto que el leal escudero eludía prudente y temeroso toda frase que pudiera revelar algo de cuanto á la incógnita joven pudiera referirse.

Era una hermosa mañana del mes de las flores. Un sol radiante iluminaba con blanquísima luz el valle y la montaña, y el soplo sutil de la brisa resbalaba suavemente por entre las hojas de los árboles, en cuyas copas vertían á competencia los pájaros raudales de armonía. En el costado N. de la Torre y á la altura del piso principal se abría amplia ventana de graciosa ojiva, que daba á una espaciosa estancia. Era esta un ancho rectángulo amueblado con cómodos sillones de cuero y nogal tallado, y vestidas sus paredes de trecho en trecho por ondulosas

y artísticas colgaduras de rica seda. Al lado de la ventana se sentaban dos personas: D.^a Marina y su huésped, cuyos tipos formaban entre sí tan vário como armónico contraste. Joven aún D.^a Marina, sus negros y rasgados ojos que, aprisionados por las graciosas curvas de sus cejas, se destacaban sobre una tez ligeramente morena, moviéndose con rapidez y fijándose con insistencia; su cabello ensortijado en rizos de ébano; los delicados contornos de su ovalado rostro, y dulce sonrisa de sus encendidos labios, hacían de ella el tipo de la mujer inteligente y heroica. En pago su protegida, más joven aún, de tez blanca como la nieve, ojos azules y lánguidos, cabello rubio y sedoso como el maíz de los valles, faz tan dulce y risueña como la alborada, y mirar tan inocente como la gacela; en su pudorosa timidez y delicada tristeza de su rostro delataba sin querer á la Virgen apenada. Esta sabía ya por boca de Hernando al detalle todo lo ocurrido, el infausto día del bosque, y el proceder de sus bienhechores había despertado en su alma un cariño entrañable hacia ellos. A la sazón apoyando uno de sus codos en el marco de la ventana, y reclinada su cabeza sobre la mano, contemplaba estática el bello paisaje tendido ante sus ojos. De frente la enorme peña de Gorbea destacando en el purísimo azul del cielo su gigante silueta; á la izquierda el erguido cerro de Arambalz vestido hasta su cúspide de espeso follaje; á la derecha el risueño promontorio, en cuya cima se eleva la mística casa de la Virgen de Oro, y en el centro, y limitada por estas montañas, la pequeña llanura del valle sembrada de bosques y alamedas, que riegan las curvas del Bayas, cuyas aguas, limpias cual otra alguna, corriendo por debajo de la ventana, le permitían ver cómo las pintadas truchas y plateados pececillos retozaban alegres sobre el fondo de arenillas de oro de su cauce.

Absorbida su atención ante tan hermoso panorama, casi se había olvidado la joven de que tenía á su lado á D.^a Marina, cuando dejando dibujar en su rostro por vez primera una dulce sonrisa dijo, volviéndose á su bienhechora: «Me siento muy bien, el aire embalsamado de estas montañas y vuestra cariñosa solicitud ha rejuvenecido mi atribulado espíritu».

«¡Ah! ¡Cuánto me complace el oíros! Desde el primer instante en que os ví en el bosque sentí no sé qué fuerza secreta que

me impelía; más aún, que me unía, que me identificaba con vos.»

«Lo sé, lo sé, bien me lo habeis demostrado, y ello me obliga más y más á cumplir la deuda que tengo con vos de deciros quién soy y cómo me encontrásteis en el bosque.»

«Agradezco con todo mi corazón la confianza que intentais hacerme, mas sabed que, á pesar de ser mujer, la curiosidad no mortifica mi alma. Sois joven, hermosa, y desgraciada, títulos sobrados para que yo os consagre todo mi afecto».

»¡Ah! Callad, callad. Sentiría el horrible aguijón de la ingratitud si no os confiara todas mis desventuras, que son muchas,» y estampando un ardiente beso en la frente de D.^a Marina, prosiguió:

»Sabeis que hace pocos años ceñía la corona de Nabarra la reina D.^a Blanca, casada con D. Juan, (hermano de Alfonso V de Aragón) de cuyo matrimonio tuvo tres hijos; Carlos, Leonor y Blanca. El amante corazón de la reina dió quizás demasiada intervención á su marido en los negocios del reino, lo cual produjo que se despertara en el corazón de éste el gérmen de la ambición. Al morir D.^a Blanca dejó heredero de la corona á su hijo Carlos; mas el rey, con furtivas razones, eludió el cumplimiento de la voluntad de su esposa y arrebató el trono para sí. A poco contrajo segundas nupcias con D.^a Juana Enriquez de Castilla, mujer que astuta y codiciosa, no solo alentó á su esposo para persistir tenazmente en el injusto rapto, sino que artera y pérfida logró extinguir en el corazón del rey hasta el último sentimiento paternal. Apercebido el pueblo de esto, estalló su indignación, causa que produjo la guerra intestina entre los Beaumontes ó partidarios del príncipe, y Agramonteses ó secuaces del rey. Blanca, decidida partidaria de su hermano, le ayudó con todas sus fuerzas, y compañera inseparable de él, fué su consuelo en la adversidad; por lo que el rey D. Juan desheredó á ambos. En pago Leonor, casada ya con el conde D. Gastón de Foix, se puso de parte de su padre, quien la declaró heredera de su trono.

El encono de los bandos sembró de luto las montañas y los valles de Nabarra, y el príncipe al frente de los suyos, vencido en Aibar y derrotado en Estella, tuvo necesidad de huir, buscando en el cariño de su hermana Blanca un lenitivo á sus pe-

nas, y haciendo con ella una vida errante y escondida, para sustraerse á las iras de su desnaturalizado padre, que ya no solo perseguía al rival de su cetro, sino que también á la hermana que amparaba y protegía á Carlos. Con astuta maña el rey, indagando el paradero del príncipe, le llamó amistosamente á las Cortes de Lérida. Este, noble y confiado, acudió al llamamiento á pesar de los consejos de su hermana, encontrando allí en vez de los brazos abiertos de un padre, las frias paredes de un calabozo en Aitona, donde se deslizan los risueños días de su juventud sin ver los puros rayos del sol ni respirar el aire de la hermosa libertad. Blanca le siguió siempre de cerca, mas descubierta en Aitona por los secuaces del rey pudo escapar casi milagrosamente, con el doble propósito de recurrir á Enrique IV de Castilla en demanda de protección para su hermano, y evitar el mal trato que daban al prisionero, tanto más cruel cuanto más cerca sabían estaba su hermana del príncipe; y atravesando valles y montañas, y ocultándose á las miradas de las gentes cual despreciable criminal, llegó á las cercanías de Vitoria, (donde á la sazón creía encontrar á Enrique IV), con tan mala fortuna que éste había salido la víspera á Alfaro á avistarse con el rey de Navarra, y temerosa de ser descubierta, atravesó con un fiel escudero por tierra extraña, lloró sus penas en el santuario de la Virgen de Oro y despues....»

«¡Ah! No prosigais», interrumpió D.^a Marina. «¿De modo que el príncipe?.....»

«Es mi hermano».

«¿Y vos?»

«Blanca»

«¡Señora!» añadió D.^a Marina inclinando su cabeza. «Permitidme que....»

«¡Ah! nunca, nunca. No arranqueis de mi alma el inefable consuelo de ver en vos á mi mejor hermana.»

«No lo dudeis.»

«¿Cómo dudarle?» y abrazándose estrechamente aquellas dos mujeres vertían entre sollozos un mar de lágrimas, cuando abriéndose la puerta de la estancia, apareció en ella D. Gonzalo, que vacilante al pronto, quedó luego inmóvil y mudo ante tan inesperada escena. Momentos después, sentado el noble señor

entre ambas damas, escuchaba de boca de su esposa el relato que Blanca había hecho á D.^a Marina, relato que llegó á interesarle tanto que prometió á Blanca tenerle al corriente de cuanto al príncipe pudiera referirse, y trabajar hasta donde sus fuerzas alcanzasen en obsequio de su causa.

La confianza que Blanca depositó en los dueños de la Torre estrechó entre todos el cariño de tal modo, que ni Blanca podía separarse de ellos, ni estos cuidaban de otra cosa que de hacer más llevadera á la desgraciada jóven la horrible situación por que atravesaba. D. Gonzalo hacía constantes viajes y á merced de sus muchas relaciones, que utilizaba con toda discreción, estaba al tanto de la triste suerte del príncipe, que no había variado en otra cosa que en haber sido trasladado con todo género de precauciones y para mayor seguridad al castillo de la Aljefaría de Zaragoza,

Blanca, al saberlo, intentó marcharse á la capital de Aragón, donde, permaneciendo oculta, pretendía poder buscar un medio de avistarse con su hermano; pero las atinadas reflexiones de sus buenos amigos la hicieron desistir de empresa tan temeraria, en la que no sólo comprometía su propia existencia al ser descubierta, sino que también acaso la del mismo príncipe á quien tanto amaba. Nada ofrecía para ella más seguridad que el valle, en que nadie, (no siendo D. Gonzalo y D.^a Marina), sabía su elevada jerarquía; una vez que Hernando, que no la abandonaba un solo instante, cuidó muy mucho y con exquisita habilidad, de alejar de aquellas gentes la más mínima sospecha que hubiesen podido concebir respecto de su señora. Blanca, pues, continuó en la Torre durante todo el estío, recorriendo con su inseparable compañera D.^a Marina las mil veredas del valle, que los ballesteros habían limpiado de malhechores y guardaban con exquisita vigilancia. Todas las tardes llegaban al santuario de la Virgen de Oro, á la que Blanca había cobrado especialísimo afecto, á contar sus cuitas á la Reina del cielo, para contemplar después desde la altura el hermoso paisaje, y recrearse más tarde á orillas del Bayas viendo como la imagen de la luna titilaba entre los leves rizos de sus cristales.

MANUEL DIAZ DE ARCAYA.

(Se continuará)

EL ROCÍO

I

Desde la cumbre
tímida el alba
borda los cielos
de oro y de nácar.
Inquieto el aire,
mece las ramas,
y alegre corre
saltando el agua.
Las flores abren
sus hojas castas,
los ramos tienden,
las frentes alzan.

Y del rocío
de la mañana
doble corona de brillantes perlas
muestran ufanas.

II

La tarde espira,
la luz se apaga,
y enluta el monte

la sombra vaga.

El aire triste
gime en las ramas,
y entre las piedras
solloza el agua.

Cierran las flores
sus hojas pálidas,
los tallos doblan,
las frentes bajan.

Y es el rocío
que las esmalta,
el llanto con que lloran afligidas
sus muertas galas.

III

Hasta las dulces gotas
con que el rocío baña,
de las sencillas flores
las hojas perfumadas,
son, para ejemplo triste
de las pompas humanas,
por la mañana, perlas,
y por la tarde, lágrimas.

JOSÉ SELGAS.



INTZA

(VERSIÓN LIBRE DE LA ANTERIOR)

I

Egun sentiya mendietatik
Datorrela da sentitzen,
Illuntasunak piškabanaka
Badijoaz bai urratzen,
Mendi gañean laño gorriyak
Zerubak ditu edertzen,
Ta osoro alai ur garbiya da
Menditik bera etortzen;
Loreak ere beren orriyak
Pozez dituzte zabaltzen,
Intz-goiztarraren perla ederrak
Anchen dirade ikusten.

II

Eguna joan da; arratsa dator,

Guztiya dago tristerik,
Mendi muturra illuna dago
Ez da ikusten argirik,
Arri tartean ura dijoa
Penak kantatzen išillik,
Loreak ere igarturikan
Beren orriyak ichirik,
Ez da ikusten goizeko eran
Intz tanto garbi garbirik,
Tristetahunak, negar samiña
Eta pena aundiak baizik.

III

Lore abekin gertatzen dana
Munduban zaigu gertatzen
Goizian perlak diraden gauzak
Negar dirade biurtzen.

BONIFAZIO ECHEGARAY.

COMISIÓN DE MONUMENTOS DE GUIPÚZCOA

COPIA DEL INFORME

dado por el Prior de Barleta, sobre la conservación
y fortificación de San Sebastián de Guipúzcoa.¹

El Prior de Barleta dice que sobre la conservación é fortificación de San Sebastián le parece lo siguiente:

Lo primero que se ponga guarda de noche en la montaña, porque con mar bonanza no vengán los enemigos, é se desembarquen é hurten la dicha montaña en los tiempos que al presente están, que no es cosa de mucha dificultad.

Item. Que se hiciese bien la tierra plena, que Don Beltran de la Cueva la fizo hacia dentro de la Villa, que está dañada y se cae; é que fuese mas alta de la que es fasta las troneras de las murallas; é que lo mismo se hiciese por la parte de surriola, que es la parte de levante, que creo no podrá montar mucho.

Item. Que se hagan las trabiesas dentro de la Villa, para que no estén descubiertos los dichos reparos de la montaña de parte de levante conforme á la razon en donde les ha hordenado, para que la gente, despues de batido, pueda estar en los dichos reparos en defensa de la Villa; han de tener estas traviesas de la muralla de diez piés de ancho, con sus puertas (sic) (puentes?)

(1) Donativo del americanista D. Francisco Serrato, presentado en sesión de 27 de Noviembre de 1894.

para andar de una parte á otra, conforme la traza, que costará todo esto mil é quinientos ducados, poco mas ó menos.

Item. Que se quitasen fasta cinco ó seis pies de la medida que él da de la arena de fuera de la villa junto á la muralla en baluartes, para que quedasen mas altas.

Item. Que se haga la barrera para que cubra ésta muralla vieja, para que no puedan batir, en que sea gruesa cinco pies, é de alto, por agora, fasta doce pies, la maña que ha dado por la traza á mi Lope é Pedro de la Borda, é á otros de San Sebastian les ha dado á entender, é dice que lo han entendido, que podrá costar *tres mil ducados*, poco mas ó menos; é si se pone diligencia luego se podrá acabar esto en dos meses, poco mas ó menos, cubriendo la dicha barrera de tierra é arena, porque no se podría cubrir tan presto de madera, conforme la traza.

De manera que ésto es lo que paresce al dicho Prior que se debe de proveer para la defensa de la dicha Villa al presente, proveyendo su Mag. de bastimentos é de gente é artillería, é munición, é de lo demás necesario para la defensa della.

Item. Que quando se hiciere la obra perpetua, conforme la traza, se hará la barrera tanto quanto sea necesario, de manera que cubra todo lo que fuere necesario de la muralla, con tal que las troneras altas de la muralla é de los baluartes do cubran la barrera é lo mismo la montaña, é que la muralla é baluarte se hagan de la misma manera, é habiendo respeto á la dicha montaña, de manera que no se alce tanto que no descubra la montaña la dicha barrera.

Item. Que la camisa que se ha hecho en la muralla se haga de siete pies de ancho, é que donde hay concavidades, porque el lienzo é muralla vaya derecha que se incha de tierra entre la camisa que se ha de hacer en la muralla vieja, porque vaya la línea derecha de toda la muralla, conforme á la traza é muestra que con cordel tirado se ha hecho sobre la dicha obra.

Item. Que sobre la dicha muralla se hagan las troneras, de manera que guarden de sobre la barrera todo el arenal á todas partes, habiendo respeto que sirvan las dichas troneras así abajo como arriba, é á mano izquierda é á mano derecha.

Item. Que los baluartes se hagan conforme é de la manera que está la traza é sobre la dicha obra tirado por cordel é pues-

tas estacas se ha visto ocularmente ha de llevar el baluarte de hacia poniente la muralla, donde han de ir las traviesas, hacia el muelle, de veinte pies dancho, con una punta á la mar, porque el golpe de la mar se rompa, y que en esta muralla vaya detrás una tronera que guarde el arenal de hacia el muelle, é otras tres troneras que guarden la Concha é puerto de hacia poniente, é otras tres troneras encima de la bóveda; y ha de llevar el dicho baluarte otra muralla hacia la parte de levante, donde han de ir las traviesas, que sea de ancho otros veynte pies, é de largo desde el lienzo de la muralla fasta la esquina de la guarda, que ha de llevar las traviesas veinte y ocho pies, é dende ésta esquina fasta la punta del baluarte ha de ir la muralla de treinta pies de grueso. Y entiendase que á esta muralla se le han de quitar por partes de dentro seis ó ocho pies, aquello que fuese necesario, é pegarsele de fuera conforme al cordel que se ha hechado sobre la obra; ha de llevar de hueco este baluarte veinte y ocho piés en quadra, é mas la punta donde hubiere de ir conforme al cordel tirado; ha de llevar dos troneras en la traviesa que guarden el foso é otras dos encima de la primera bóveda, y en la bóveda han de ir sus espiraculos por el humo de las piezas, é ha de ser de alto diez pies, y en la segunda bóveda han de ir dos botafuegos que guarden la frente del baluarte dentro del foso dalto á bajo, conforme é de la manera que está una vez en la traza, é que sean cubiertos de la barrera, é de fuera sean de alto dos pies é dancho seis pies, é por dentro han de ir dos pies dancho é uno de largo, é que vaya muy pendientes abajo: y ha de ser esta segunda bóveda de alto otros diez pies poco más ó menos, conforme que la barrera pueda cubrir los dos botafuegos que han de ir en esta segunda bóveda, é demas dello ha de ir la bobedilla abajo dentro de la muralla de los treinta pies, dejando cinco pies dentro, otros cinco pies de bobedilla, y que esta bobedilla ha de ser de alto diez pies, y en ella han de ir á responder los espiráculos que se ha dicho é ordenado al maestro Lope é á Sebastian de Elduayen, alcalde de la dicha villa de San Sebastian, é á Pedro de la Borda, é á otros muchos principales della, por causa que no se pueda la dicha muralla minar, ni cortar, ni picar, é lo mismo se ha de facer en todas las otras partes del dicho baluarte, haciendola venir á responder

dentro de la gran bóveda, é asi mismo se han de hacer algunas troneras en la bobedilla para arcabucero de la manera que se les ha ordenado é mostrado para que guarden la frente del dicho baluarte dentro de la fosa, y ha de ir de la gran bóveda tres portillos á las bobedillas; dos en las dos esquinas é una en medio, conforme á lo que se ha dicho é mostrado é dado á entender á los susodichos y encima del baluarte se han de hacer las troneras, de manera que guarden todo el arenal de sobre la barrera, conforme á razon; ha de ir una puerta para entrar en la bóveda del dicho baluarte por de dentro de la villa, que sea de ancho ocho pies é alto seis pies; é otra puerta sobre ella para ir en la otra bóveda, con una escalera para subir á las troneras altas; han de ser las troneras bajas de la parte de la fosa quatro pies desde la tierra fasta la boca, é que vayan seguidas hacia dentro, alzandolas fasta dos pies y medio, poco mas ó menos conforme á razon, mirando con el ojo quando se ficiere hacia donde los enemigos les pueden ofender é que de continuo é descubiertos los mas que ser pudieren, quedando para ofender á los enemigos; é han de llevar las bocas de ancho por parte de fuera cinco pies y medio cada tronera, é alto tres pies y medio, poco mas ó menos, mirando siempre que queden cubiertos, ofendiendo á los enemigos; y las otras dos troneras que han de ir encima de la bóveda han de ir ansi mismo cubiertas de la barrera, que será debajo del cordon del baluarte, é vayan de la misma manera de dentro; las bocas han de tener de ancho dos, é de alto pie y medio, é la anchura que ha de llevar hacia dentro desta boca ha de ser un pie para que la boca de la pieza pueda menearse á una parte é á otra.

Item. El baluarte de parte de Levante ha de ser de la misma manera, salvo que la muralla de hacia levante ha de ser de veinte é cinco pies, por causa que tiene aparejo para ser batida mejor que la otra, aunque de lejos.

Item. El baluarte de medio ha de ser de la misma manera que los otros dos, salvo porque este baluarte es entero é los otros dos medios han de llevar cincuenta piés de hueco, y se ha de hacer conforme á los otros, é conforme la traza é cordel tirado.

Item. Las telas é lienzos de la muralla han de ir á línea

derecha, conforme al cordel tirado é á las estacas puestas; é han de ir entre baluarte é baluarte quatro troneras que guarden las frentes de los dichos baluartes conforme la traza.

Item. Han de ser estas murallas é baluartes tamborados en cantidad de seis pies de alto un pie de atambor.

Item. Que la fosa sea de ancho setenta é cinco pies en todo, así de los baluartes como de los lienzos.

Entiendese que estas murallas e baluartes han de ser tamborados fasta el cordon é dende arriba no sino que vayan derechas.

Asimismo dice seria bien que en la isla de Santa Clara se hiciese un reparillo en torno de la iglesia de diez á doce pies de ancho, para meter en ella veinte é cinco hombres, que podrán estar en la dicha iglesia, é que hubiese una plaza para una media culebrina, así para que los franceses, si viniesen, no se aprovecasen de la isla, como para batir todo el arenal de llano en todo. E esto se había de hacer si los franceses se sintiese que han de venir luego.

De manera que podrá costar todo esto de los baluartes é enforro nuevo doce mil ducados, poco más ó menos, é mas los quatro mil é quinientos ducados de los reparos é trabiesas é barrera, que montará en todo diez y seis mil é quinientos ducados poco mas ó menos; podrase hacer esta obra nueva perpétua en dos años, poco mas ó menos.—EL PRIOR DE BARLETA.¹



(1) Real Academia de la Historia.—*Papeles de jesuitas*. Tomo 115, fol. 522. Dos hojas y media plana en folio.

LAS PRIMERAS FLORES

No es posible salir de casa: el agua y el viento azotan los cristales: el frío encierra á los más valientes. Resignémonos, y para pasar la tarde, vamos á revolver papeles y á evocar con ellos recuerdos de otros tiempos, que como todo lo pasado dejan al alma en ese estado de dudosa tristeza, semejante á la del día: no se sabe si se siente aquel «no volverá» ó si se complace uno en el pensamiento de hallarse más cerca de la eterna unión con los seres queridos.....

¿Qué es esto? ¡ah! Un cuaderno de escritos de mi madre. ¡Qué bien escribe!.... Veamos.... Este es precioso y no resisto á la tentación de copiarlo. Dice así:

«Corría el mes de Marzo, después de un invierno crudo y seco; la tierra solo desprendía polvo estéril; los árboles, sin yemas aún, ofrecían á la vista secas ramas: el trigo dormía sin germinar en el seno del surco, el temprano almendro no mostraba la más pequeña flor. Los pájaros buscaban alimento sin hallarlo; el hombre, en fin, temeroso de no ver fecundado el suelo que trabajó, elevaba al cielo sus ojos y decía: Señor, dadnos el pan de cada día, que sin él perecen mis hijos y mis ganados, mueren la industria y el comercio, y los pueblos, acosados por el hambre, moverán guerras que traerán epidemias desoladoras.

Preséntase al Señor un ángel, llevando en la mano un platillo lleno de gotas de sudor y lágrimas vertidas por el labrador en su trabajo, al mismo tiempo que su oración subía hasta Él, pero el Señor dijo: «No acepto ni uno ni otro; el hombre me ofende constantemente con la blasfemia, no vence sus pasiones, infringe la Ley Divina que le enseñé; no le destruiré por mi-

misericordia pero quiero castigarle más, negándole el rocío de las nubes para que vuelva á Mí».

Bajó el ángel la cabeza, plegó sus alas y quedó al pié del Señor confuso y triste, cuando surgieron dos hermosas figuras que dijeron al Eterno estas palabras: «Hijo, en la tierra nos fuiste sumiso, hoy en el cielo te rogamos perdones al que te implorara, invocando tus mismas palabras: Padre, perdónalos».

Y al oírles el Divino Maestro, dijo: «Sea hecho como deseais».

Y la lluvia fertilizó la tierra y nacieron las simientes, el trigo brotó lozano, la vid se llenó de hojas, los árboles de yemas, el almendro de rosadas estrellas, los pájaros hallaron alimento y cantaron su primer himno de amor, y el hombre, postrado en tierra, exclamó:

—Bendito seas, Señor, que en la oración que enseñaste aprendemos á pedir y alcanzar lo necesario: el pan de cada día y el perdón de las injurias: no mancharé en lo sucesivo mi boca con la blasfemia, sabiendo que ofendo á mi Padre, que está en los cielos.

Aquel año San José fué la víspera de la Virgen de los Dolores, y al despuntar la aurora, se vieron los campos cubiertos de blancas y menudas margaritas, que destacaban sobre el verde nuevo de los prados, sobre los que se veían pequeñas gotas de rocío: eran las lágrimas que la Virgen vertió al rogar á su Hijo que perdonase al hombre, y el perfume que se elevaba del campo, la plegaria muda de San José».

FERNANDO RUIZ Y FEDUCHY.

Octubre 95.



BASCONGADOS PREHISTÓRICOS

El galano escritor y académico D. Juan Valera, en su última obrita intitulada *El Bermejino Prehistórico ó Las Salamandras Azules* que, dicho sea de paso, se está traduciendo al alemán, puso un primer capítulo á modo de prólogo en que, en tono delicadamente festivo, así como con una vaga sonrisa en los labios, para evitar científicas objeciones y refutaciones, dice que la cuna de la civilización europea no hay que buscarla entre los arios, los egipcios, los semitas y otras naciones y castas que antes pasaban por las civilizadoras en grado superior, sino entre los iberos, de que son descendientes directos los bascongados, y que se extendían, antes de mezclarse con los celtas y otros pueblos invasores, por la península ibérica, Francia, Italia, Cerdeña y otras partes, como lo ha demostrado Guillermo Humboldt.

«Tengo amigos guipuzcoanos—dice Valera—que habrán de alegrarse mucho, si se prueba bien que su lengua y su casta fueron el instrumento de que se valió la Providencia para acabar con la barbarie, iluminar el mundo y adoctrinar á las demás naciones.»

Y luego añade:

«¡Cuánto se holgará de esto, si vive aún, como deseo, mi docto y querido amigo D. Joaquín de Trizar y Moya, que ha escrito obras tan notables sobre la lengua bascuence! Algo aprovechará él de las flamantes invenciones para dar más vigor á su sistema, arreglándole de suerte que se ajuste y cuadre con la más perfecta ortodoxia católica.»

No es mi ánimo dilucidar aquí esa intrincada y por lo demás

no nueva cuestión respecto de la antigüedad de la civilización euskara, pues para ello estimo que todavía nos faltan los suficientes datos y se expone uno á disparatar al modo de muchos bascómanos, pero juzgo que no dejará de tener interés recoger algunos dispersos datos, cuya justaposición bien podría dar visos de verosimilitud á la ingeniosa fantasía de Valera.

Que los iberos se extendían por el Mediodía de Francia y la Liguria, á orillas del golfo de Génova, ya ha muchos años que se ha demostrado, pero solo recientemente el profesor Pauli, el más célebre de los actuales etruscólogos, ha encontrado entre las antiguas inscripciones etruscas é iberas muchos puntos de analogía y expresa la convicción de que la continuación de sus investigaciones suministrará la prueba de que los etruscos, los iberos y los bascos pertenecen á la misma raza.

Otro descubrimiento sumamente importante lo ha hecho el egiptólogo M. Flinders Petrie.

Practicando excavaciones en el Egipto Central, en los límites del desierto, entre Ballas y Nagada (á unas 6 ó 7 millas al Norte de la antigua Tebas), el precitado profesor ha encontrado un sinnúmero de antigüedades, tales como armas, utensilios, joyas, cacharros y esqueletos que se consideran como de extraordinaria importancia para la ciencia antropológica y la historia del antiguo Egipto.

Como es sabido, el período comprendido entre la sexta y la undécima dinastía está sumido en la mayor oscuridad. Solo hay noticia de que la civilización primitiva del Egipto Central fué destruida bajo la sexta dinastía de los Faraones, por otra raza enemiga, más robusta que los egipcios, y que dichos invasores fueron otra vez expulsados bajo la undécima dinastía.

El profesor Petrie cree haber encontrado los restos de esa raza que invadió victoriosa el Egipto alto y central unos 5.000 años antes de Jesucristo. Funda su opinión en el hecho de que encontró las sepulturas de aquella nueva raza entre las características pirámides de Mastaba, pertenecientes á la cuarta dinastía, y debajo de las tumbas de ladrillo que cubren los restos de la ciudad de la nueva raza.

Esto demuestra que dicha raza ocupó el sitio después de la cuarta dinastía y antes de la duodécima, que fué, por lo tanto,

vencedora de la sexta y expulsada bajo la undécima dinastía.

Era una raza de verdaderos gigantes; la longitud media de los 2.000 esqueletos desenterrados es de unos siete pies, y llama la atención la anchura de las caderas. Los estudios antropométricos que el profesor Petrie ha practicado le permiten afirmar que ese pueblo era de raza líbica. Brinton confirma estas suposiciones y recuerda las analogías que había entre los antiguos libios y los bascos.

Por lo demás, los invasores líbicos del Egipto no conocían todavía el bronce; estaban en la edad de piedra, y sus hachas, cuchillos, sierras, martillos y joyas están maravillosamente labrados, y son muy parecidos á utensilios de la misma clase encontrados en España.

M. Flinders Petrie se propone continuar las excavaciones é investigaciones en Egipto, y espera hacer otros descubrimientos que arrojen nueva luz sobre varios problemas de la prehistoria. Hasta ahora no parece confirmarse que los antepasados de los bascos, si así se pueden llamar los invasores prehistóricos del Egipto, poseyeran una civilización superior á la de los egipcios; pero ya sería algo si se pudiese demostrar que en aquellas remotas épocas desempeñaban papel bastante importante aquellos protoiberos.

ROGER DE FLOR.



GUIA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA DE GUIPÚZCOA

ACUERDO DE LA DIPUTACIÓN

En sesión de 6 del mes corriente aprobó la Excma. Diputación provincial de Guipúzcoa el siguiente dictamen de su Comisión de Fomento, que nos complacemos en reproducir:

«Excma. Diputación provincial de Guipúzcoa.

Excmo. Sr.:

La Comisión de Fomento ha examinado el punto 19, sometido á la deliberación de V. E., relativo al escrito de los señores D. Angel Pirala y D. Carmelo de Echegaray, exponiendo á la Diputación el proyecto de escribir una Guia histórico-descriptiva de Guipúzcoa, ilustrada con numerosos grabados.

Todo aquello que contribuya á realzar el nombre y el prestigio del noble solar guipuzcoano, ha de hallar eco en el corazón de sus hijos y, por tanto, en V. E., que es fiel representante de las ideas y sentimientos de sus administrados.

La antigüedad de la raza y del idioma bascongados impulsan á los hombres pensadores de todos los países á hacer un estudio detenido de uno y otra, buscando en el lenguaje la etimología de muchas palabras: testigo la orgullosa Inglaterra, en donde fatigados los filólogos de buscar el origen de la palabra *Britania*, en las lenguas anglo-sajonas, llegan á confesar que la primera palabra para todo buen inglés, se deriva de la dulce al

par que enérgica lengua euskara. Cuando nuestros huéspedes veraniegos, huyendo de los calores estivales de las comarcas de Castilla y Andalucía entran en la pintoresca Guipúzcoa, al detenerse en el primer pueblo de ella se dilatan sus pulmones, aspirando el aire fresco de aquellas agrestes montañas, y se recrea su vista con la contemplación del verde aterciopelado que por todas partes les rodea, paisaje saludable y bien distinto de las caldeadas mesetas que acaban de atravesar; pero ¡cuán pocos son los que vuelven sus miradas, á la derecha, para contemplar la morada en donde vió la luz del día el heróico conquistador Legazpi, que llevó á lejanas tierras la luz de la civilización y de la religión de Cristo, acompañándole en tan elevada misión otro bascongado, el Padre Urdaneta! ¡Cuán pocos son también los que al volverse, á su izquierda, recuerdan al bardo guipuzcoano, al inmortal Iparraguirre, al autor inspirado del himno al árbol santo de Guernica! Apenas hay un rincón de este país que no recuerde un grande hombre por sus hechos gloriosos ya en las armas, ya en la navegación, ya en la religión ó en la historia. Los nombres de Ignacio de Loyola, de Elcano, de Legazpi, de Urdaneta, de Echaide, de Lezo, de tantos otros, no se borran de nuestra mente; pero cual hijos pródigos acostumbrados á vivir en la opulencia y el regalo, miramos casi con indiferencia las riquezas que á nuestro lado se observan, dejando, con muy honrosas excepciones, que personas extrañas al país publiquen guías para el viajero, las cuales pueden muy bien calificarse de enjambre de desatinos.

A llenar este hueco viene el proyecto que motiva estas consideraciones. La cultura y erudición de los que han de emprender esa noble tarea, la verdad observada en los preciosos dibujos que han de adornar la obra, todo hace augurar que esta constituirá un monumento elevado á la gloria de Guipúzcoa. La Comisión cree que V. E. debe sufragar los gastos que se originen; pero como aún no puede calcularse, ni aproximadamente, el coste de la obra, y estimamos que ha de hacerse cual corresponde á la importancia del asunto y á la Corporación que la patrocina, nuestra opinión se reduce á solicitar de V. E. que, aceptando en principio la idea, faculte á la Comisión provincial para que, poniéndose de acuerdo con los autores, se lleve á buen tér-

mino la impresión de la indicada Guia histórico-descriptiva de Guipúzcoa del modo más adecuado á los intereses de la provincia.

V. E., sin embargo, con más elevado criterio, acordará lo que estime más conveniente.

San Sebastián, 6 de Noviembre de 1895.—JESÚS ALZURU.—MANUEL LIZARITURRY.—TOMÁS BALBÁS.—IGNACIO ECHAIDE.—JOSÉ ELÓSEGUI Y ZABALA.

DENDAN

Egun on, andre Juana,
presaka nator gaur,
negarrez sukaldian
utzirikan bi aur;
ustegabea zaizkit
kanpotarrak sartu,
eta zerbait nainuke
berentzako artu:
¿garbantzu beratuba
baialdauka ona?

—Bai bada, ederra da
gaur dendan dagona.
—Bekar bost zentimona,
aski det oraingo,
—¿Zer, bost zentimorena?
laster dute jango.
—Bai, bañan nola asko
jarriko ezdetan,
guchi jarrita asko
ez lezateke jan.

RAMÓN ARTOLA.

LA REPOBLACIÓN DE LOS RÍOS

Según hemos leído en la prensa, el Sr. Ministro de Fomento ha redactado un decreto referente al cultivo, propagación ó repoblación de peces en las aguas de nuestros ríos, casi exhaustos de esta clase de riqueza tan descuidada aquí y tan atendida en otras naciones de Europa y América.

Hablando de este particular, dice *El Diario de Cádiz*:

«El resultado de la intervención del arte en esta clase de repoblación es tan considerable, que de cada 1.000 gérmenes llegan al estado adulto 500 individuos, mientras que abandonados á sí mismos apenas llega uno.

Al cabo de un año, los salmones, carpas, truchas, etc., han adquirido condiciones para defenderse de sus enemigos naturales, y viven, se desarrollan y se multiplican.

Los Estados Unidos dedican todos los años más de un millón de pesetas á la propagación de los peces.

Escocia é Irlanda han triplicado el producto de la pesca del salmón, y en la actualidad alcanza la suma de 20 millones de pesetas.

Inglaterra obtiene un rendimiento anual de 10 millones; y Suecia, animada con el éxito fabuloso de este cultivo, suelta todos los años en sus ríos de tres á cuatro millones de salmoncillos criados artificialmente.

Para obtener resultados beneficiosos que puedan llegar en plazo breve á una cifra muy considerable, el Sr. Bosch y Fustegueras crea una red de laboratorios hidrológico-ictícolas, establecidos en las orillas del Miño, Bidasoa, Sella, Gállego, Ter, Ebro (tramo superior), Tuerte, Térmes, Cega, Guadalaviar,

Guadalquivir, Genil y confluencia del Zúncara, Guadiana y Jigüela.

En esta red están comprendidos todos los ríos de España.

Los tres primeros establecimientos se dedicarán á la cría y propagación del salmón; los nueve siguientes á la de salmonídeos sedentarios (trucha, carpa, etc.), y la última, á la de ciprinidos, (tenca, barbo, etc.)

La estación central será la actualmente establecida en el Monasterio de Piedra. Esta tendrá á su cargo las cuencas del Duero, Jalón, Henares y el tramo inferior del Ebro.

En dicho laboratorio se educará el personal necesario para los nuevos establecimientos, y además suministrará á éstos en la primera época de su existencia los gérmenes embrionados que necesiten.

La dirección de cada establecimiento estará á cargo de un ingeniero de Montes, y el personal subalterno se compondrá de un administrador y dos piscicultores prácticos.

Con esto y unas severas medidas de policía encaminadas á impedir los abusos que dan al traste con la población piscícola, es seguro que en pocos años se convertirán nuestros ríos en otras tantas fuentes de riqueza.

Cuando conozca estos decretos la opinión los recibirá, seguramente, con merecido aplauso.»

Mucho nos complace á nosotros ver el interés que el Sr. Ministro de Fomento demuestra por el desarrollo de la riqueza piscícola en aguas dulces, y no dudamos ni un momento de los ventajosos resultados que habrán de obtenerse.

Además, esto puede servir de estímulo para que por el Ministerio de Marina se estudie el medio de desarrollar la riqueza ictiológica de nuestro litoral marítimo. Si nuestros ríos pueden efectivamente producir algo, preciso es convenir en que nunca podrá compararse la utilidad práctica que puedan dar con la de las aguas saladas que bañan nuestras costas.

Las naciones todas se ocupan en el estudio de la repoblación de sus aguas, tanto las dulces, en las que la gran mayoría de ellas la naturaleza las ha favorecido más que á nosotros, por la mayor extensión y caudal de sus ríos y la existencia de lagos de que nosotros carecemos, cuanto de las saladas en que

tenemos nosotros en cambio las más excepcionales condiciones.

Si, pues, se toman medidas para repoblar nuestras aguas dulces, lógico es que se tomen también para repoblar nuestros mares de los que mucho mayores beneficios podemos reportar.

ILLETEA

Bedeinkatua izan dedilla ¡o! Jaun andia!
Zure eskuak nasaituten,
Nabelako gaur icharopena bialduagaz,
Penan deustala gozatuten.

¡Zenbat geyago nik dodan Jauna, zugar pentsetan
Añbat urrintzen jat mundua!
Eta arimau lurrean bizi ez balitz legez,
Zeruruntz daukat aldatua!

¡An billatuten ditut liburu baten legeche,
Zure egintzak miragarri,
Bat irakurten asi orduko geratuten naz,
Zur eta arri eginda ni!

¡Zelan ez dot nik egan emendik oraingo baña,
Alako erri betikora?
Nondik daukadan arima maite naben bat deika,
Aldamenera noakola?

Berak igeşi eustanik ona neure ondotik,
Ezin bete jat utsunea;
Urte bi datoz neure esposa ill jatala ta,
¡Bizirik daukat gomutea!

Bere gorputza datzan toki išill ta mutu onek
 Onaratu nau nai ta nai ez;
 Aidez dabillan egazti triste egarritua,
 Pozu geldicho batek legez.

Eta emendik erdibiturik nire biotzak
 İnoz ez lako zotiñakaz;
 Kantetan ditu atsekabezko bertso samurrak,
 Bustirik negar malkoakaz.

Orri leidunai¹ Eguzkiaren begiak jota,
 Badeutse negar gaur erazo;
 Damuak niri iturricho bi begietatik
 Ateratea ğda millagro?

ğZe millagro da beste alderdi danak ichita
 İpar aldera bai orratza?
 Jausten dān legez, zuzendu arren nire biotz āu
 Emaztearen obirantza?

Nardietako² arri libreak bilin bolaka
 ğEz dira jausten arrokkara?
 Nire biotz āu bere lurretik aldendu nairik
 ğEz dator zulo onetara?

Ontzi ausia urpera legez natorrenean
 Emaztearen tokichora,
 Nire arimak egan daiala aren arimak
 Daukan abia zerukora.

Ez dabelako Eriotzeak an aginduten,
 Oi daben legez lur onetan,
 Bizi dedin an, emen ain laztan ebanaz nasi,
 Danoen Jauna alabetan.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

Ochandion, 1895-ko Santu guztien egunean.

(1) Leia=izotza.—(2) Nardia=derrumbadero.

ENSAYO DE UN PADRÓN HISTÓRICO DE GUIPÚZCOA, según el orden de sus familias pobladoras

(CONTINUACIÓN)

- Anchieta, Juan Martinez, árbitro para decidir diferencias entre Azcoitia y el señor de la casa de Balda Juan García de Licona en 1484.—Juan, h. Villarreal, 1648.
- Anchiondo, Juan h. Fuenterrabía, 1645.
- Anchustegui, Tomás, h. Eibar, 1592.
- Andia, Lope, Lopez y Fernando sus hermanos, hijos de Martín Iñiguez de Lascoayn, vecinos de Tolosa, 1346.—Pero Gonzalez, v. de Tolosa, 1474.
- Andicano, Lope García, señor de la casa y ferrerías de Andicano, se unió á la vecindad de Elgoibar en 1362.
- Andoain, Pedro García, h. Segura, 1636.
- Andoin Bañez Artazubiaga, D. Juan Manuel, h. Mondragón, 1722.
- Andonegui, Juan y Domingo y sus hijos, h. Elgoibar, 1668.—Francisco é hijos, h. Elgoibar, 1718.—Francisco y Mateo, h. Rentería, 1700.—D. Juan Bautista y D. Juan Felipe, hermanos, Motrico, 1761.
- Andrabelasquita, García, hijo de Martín Ibañez de Andrabelasquita, v. de Tolosa, 1346.
- Andrabide, Domingo, h. Eibar, 1592.
- Andrategui, Domingo, h. Hernani, 1664.
- Andriaga, (Anduaga?), Joan García, vecino de Villarreal en su fundación, año 1383.

Anduaga, el capitán D. Miguel, hijo de Fausto de Anduaga y Magdalena de Urizar, nieto de Francisco de Anduaga y Magdalena de Olazaran, segundo nieto de Martín de Anduaga, y María Perez de Ascasubi, su segunda mujer, todos naturales y vecinos de Oñate, tercer nieto de Juan de Anduaga y María Perez de Apozaga, cuarto de Pedro de Anduaga y Catalina de Gaztelu y quinto de Lope de Anduaga, señor de la casa solar de Anduaga de arriba en Ezquioga. Casado el capitán con D.^a María Florencia de Mizteguía, hija del capitán D. Lucas de Mizteguía y de D.^a Catalina Suarez de Cienfuegos; de la casa de Mizteguía, en Motrico.

Hijos: D. Juan, D. Lucas, D. Miguel, D.^a María Josefa y doña Magdalena de Anduaga y Mizteguía, h. en Oñate, año 1659, en Motrico año 1694 y otra anterior en Vergara, por Martín, Pedro y Juan de Anduaga.—Tomás Antonio é hijos, E. con el fundador Martín Lopez de Elorza, Oñate, 1738.—Miguel, E. con el capitán D. José de Ugarte. Oñate, 1758.

Anduaga, el Doctor D. José Francisco y sus hermanos, h. Oñate, 1749.—Joaquín, E. con el fundador Martín Ibañez de Hernani, Oñate, 1771.—María Andresa, viuda de Domingo de Beitia, E. con el mismo fundador, Oñate, 1776.—José Julian, h. Oñate, 1779.—Joaquín, h. Azpeitia, 1735.

Andueza, D. Pedro y Juan, h. Fuenterrabía, 1738.—Fermin, h. Hernani, 1710.

Anduzqueta, Juan Martínez, procurador de Villanueva de Oyarzun en la Junta general de Guetaria, 1397.

Angua, García Perez de, Jurado de Vergara en 1346.

Anguiozar, San Blas, v. de Mondragón en 1530.

Anguiz, Bartolomé, h. Placencia, 1750.

Angulo, Estibaliz, v. de Mondragón, 1461.—Juan, Abad de, clérigo beneficiado en Salinas en 1461.

Ania, Simón, h. Eibar, 1619. Diego, h. Anzuola, 1587.

Aniz Petrirena é Iturrondo, Francisco y Clara de Amilibia, h. Motrico, 1668.

JUAN CARLOS DE GUERRA.

(Se continuará)



EUSKAL-ERRIA

LA ESTATUA DE TRUEBA

El domingo 10 del corriente, á las doce, media hora antes de dar comienzo la inauguración de la estatua de Trueba, inmenso gentío se agolpaba en derredor de los jardines de Albia, ansioso de presenciar la solemne y tiernísima ceremonia.

El tiempo era espléndido; el sol lucía sus galas como si también quisiera asociarse á la fiesta.

El sitio donde se levanta la estatua estaba engalanado con gallardetes y perfectamente dispuesto al efecto, asistiendo la banda municipal.

Entre los invitados se hallaban los señores Marqués de Casa-Torre, Olaso (D. Rufino), Masriera, Landecho, Alzola, Uría, Villalonga, Real de Asúa, Lasala, el comandante de Marina, el general de la brigada de Bizcaya con su ayudante Sr. Cortés, el senador Sr. Zabala y representaciones de los Ayuntamientos de Portugalete, Baracaldo, Santurce, Lujua, Erandio y Abanto y Ciérbana.

triarcales costumbres euskaras; y el más entusiasta é incansable defensor de las gloriosas tradiciones de este noble solar. Sus cuentos y cantares llenos de poesía, de sentimiento y de amor á la patria comun y á su tierra natal, son conocidos y admirados en todas partes, y han hecho latir de tierno entusiasmo los corazones de muchos millares de españoles de ambos mundos, manteniendo en ellos vivo y ardiente el sagrado fuego del patriotismo. Ha sido, en una palabra, no solo una gloria de Bizcaya, sino una gloria española.

Quien de tal modo supo amar y honrar al país que le vió nacer, digno era por todos conceptos del cariño, del respeto y de la admiración que le profesaron cuantos le conocieron, y digno era también de que se perpetuara su memoria, no solo en los corazones bizcainos, donde vivirá eternamente, sino por un modo oficial y solemne que sea transmitido á las generaciones venideras.

No terminaré, señores, sin dirigir el más cariñoso y fraterno saludo á las representaciones de todos los Municipios bizcainos que han concurrido á este acto en nombre del Municipio de Bilbao, haciendo fervientes votos porque se estrechen más cada día estos lazos que nos unen, á fin de que, reunidos nuestros esfuerzos por la dirección inteligente y activa de nuestra celosa Diputación, puedan contribuir en mayor grado al progreso y prosperidad de Bizcaya».

Discurso del Sr. Marqués de Casa-Torre

«Señores:

Amigo entrañable y admirador entusiasta de Trueba, participé de sus dolores y de sus alegrías y compartí los sentimientos más íntimos de su alma de poeta y de bascongado, manantial purísimo del que brotó el raudal de sus poesías.

Sus cuentos y sus cantares se refieren al pueblo; entre gentes humildes y modestas buscó con preferencia sus amistades, y cuando acarició la idea de hacer una edición de sus obras y quiso que las precediera un prólogo, no lo pidió á sus iguales en la república de las letras, amigos íntimos, contemporáneos suyos

algunos, sino al último, al más insignificante de sus admiradores y discípulos.

Estos son los títulos con que me presento ante vosotros, y los que han tenido en cuenta mis compañeros de comisión al darme el honroso encargo de llevar su voz en esta solemnidad.

La estatua que acaba de inaugurarse tiene allá, en lejanas tierras, un pedestal más bello aún que el que aquí la sostiene: aquella suscripción de los bascongados y basco-nabarros de la República Argentina, de la República Oriental del Uruguay y de la República del Paraguay, que alegró los últimos días de nuestro poeta, llevó consuelos y alivio á su familia, y fué además la primera piedra que se puso para la erección de esta estatua.

Así mostraron aquellos nobles hijos del solar bascongado su agradecimiento y su cariño al escritor ilustre y bueno, que supo herir las fibras más delicadas de su alma y mantener en ellas, vivo y embellecido con todas las galas de la poesía, el recuerdo del país ausente y querido, y tanto más querido cuanto más lejano.

D. José Rufinó de Olaso fué el alma de aquella suscripción; D. Juan Delmas fué el iniciador del pensamiento de levantar esta estatua; D. Mariano Benlliure ha sido el escultor insigne que la ha creado. Su obra ha obtenido el premio de honor, la recompensa más alta á que pueden aspirar los artistas españoles, y esa distinción ha sido confirmada por el sufragio universal de la opinión pública. No solo vemos en la estatua hecha por Benlliure á D. Antonio de Trueba tal como lo veíamos entre nosotros, vemos también al popular *Anton el de los cantares*. En esa estatua todo está revelando que lo que el poeta va á escribir en las cuartillas que tiene en la mano ha de ser algo por el estilo del *Libro de los cantares*, ó de los *Cuentos campesinos*, ó de los *Cuentos de color de rosa*.

«¿Qué entiendo yo, nos dice Trueba en un precioso prólogo, qué entiendo yo de griego ni de latín, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entonces os comprenderé, porque de eso nada más entiendo».

Sus cantares «se han compuesto de memoria, soñando con su país, vagando por donde quiera que cantan pájaros y ostenta el pueblo sus virtudes y sus vicios. Con ese sistema ha perdido el arte, pero ha ganado el sentimiento.»

Estas palabras de Trueba retratan, con ingenua fidelidad é inimitable gracia, al poeta y su manera de escribir.

¿Qué podría yo añadir á ellas? Podría multiplicar las citas, podría unir á esos pasajes de sus obras otros tan bellos como los trascritos, alargando con exceso mi discurso; pero por cuenta propia yo no sabría agregar una sola palabra ni un solo rasgo á aquel retrato.

Nos refieren las tradiciones poéticas de la Grecia que acostumbraban á colocar sus habitantes á la entrada de las grutas sagradas ciertos instrumentos de cuerda, adornándolos con flores. Al herirlos el aire les arrancaba notas armoniosas, que expresaban los dolores y las alegrías del pueblo griego. No conozco escritor alguno á quien pueda aplicarse con más propiedad que á Trueba esta ficción poética de la leyenda griega.

Su superioridad, su supremacía brillan en el género popular, en sus cuentos, en sus cantares. Pero cuando el amor á su país pone la pluma en sus manos se adapta á los géneros más opuestos á sus condiciones literarias.

Las Diputaciones de las tres provincias hermanas le encargaron la redacción de dos exposiciones dirigidas á las Córtes y al Rey contra la aprobación y la sanción de la ley de 21 de Julio de 1876, que inundó de pena su alma y dejó huella profunda en su vida y en sus escritos, y en esas exposiciones se nos revela como político profundo é historiador severo y concienzudo. Y cuando en días más felices trazó el *Bosquejo de la Organización Social de Bizcaya* atrajo sobre este país las miradas de los sabios extranjeros, y sociólogos y economistas eminentes nos dedicaron frases de admiración, y el célebre Le Play dirigió al autor del *Bosquejo* cartas tan halagüeñas para él como honrosas para Bizcaya.

Menéndez Pelayo en uno de los admirables prólogos de su *Antología Castellana*, dedica algunas líneas á la poesía bascongada y á sus más ilustres representantes: Samaniego y Trueba. Señala la honradez como la nota característica de esa poesía y la califica de *honrada poesía bascongada*.

Bien merece este calificativo, dejando otros más pomposos, más brillantes y más vanos á otras poesías, el hermoso conjunto de las obras de Trueba; que termina en uno de sus más bellos cuentos: «Dios bendice á los que gastan su dinero en obras santas... y quién sabe si también á los que cuentan cuentos honrados!» Y en «Lo que es poesía» escribe este otro párrafo, en que parece vaciar el poeta los sentimientos de su alma: «Atrás los que os llamais poetas, y no sentís calor en el corazón y lágrimas en los ojos cuando un niño tiritaba de frío ó desfallece de hambre, ó cuando el sol descende á su ocaso, ó cuando las campanas recuerdan á Dios y á los muertos, ó cuando glorifica á la patria el heroísmo de sus hijos, ó cuando la virtud resplandece en la vida pública ó en la vida del hogar».

Y en esa *honrada poesía bascongada* se refleja fielmente la vida de nuestro pueblo, que tuvo siempre por su mayor timbre de gloria y cimiento de su prosperidad la honradez y laboriosidad de sus hijos, y que en la organización robusta y fuerte de su familia, en su organismo social, descrito por Trueba, en su administración pública, en sus leyes y en sus costumbres revela, más claramente que revelan otras leyes y otras costumbres, la honradez y la moralidad.

Pero el carácter bascongado de las obras de Trueba no lleva consigo el exclusivismo que lastima y hiere. Su amor á la región bascongada no le impide amar á las otras regiones de España. Depositó sus recuerdos de los campos de Castilla en los *Cuentos Campesinos* «que se idearon en Bizcaya, como los cuentos de color de rosa se idearon en Castilla»; y en el prólogo de aquellos cuentos nos dice «que divide su amor entre Bizcaya, donde pasó su infancia, y Castilla, donde pasó su adolescencia: dos épocas de la vida, añade, que llenan el corazón de infinito amor y de infinitos recuerdos.» Y á manos llenas derrama en los *Cuentos Campesinos* los amores y los recuerdos de Castilla, como á manos llenas derrama en los *Cuentos de color de rosa* sus amores y sus recuerdos de Bizcaya.

Me he limitado en mi discurso á dirigir una rápida ojeada á las obras de Trueba, y aun así temo haber abusado de vuestra paciencia. Voy á concluir:

Hemos levantado á nuestro poeta una hermosísima estatua.

Nos queda por levantar á su memoria, y á las letras bascongadas y al pueblo bascongado que se refleja en ellas un monumento más hermoso todavía: una edición de las obras de Trueba, que lleve á todas partes y haga penetrar en todos los lugares aquellos sentimientos, tan bellamente expresados por él y tan torpemente traducidos por mí, que forman la esencia de sus escritos y constituyen también la esencia y la vida de nuestro pueblo y de nuestra raza. Yo pido la ayuda de todos para esta obra de patriotismo y también de cariño al más ilustre y más querido de nuestros poetas».

Y firmada el acta por los señores Arteche y Olano, quedó terminada la inauguración de la estatua de Trueba.

La familia del ilustre poeta estuvo representada por el señor Olaso.

Ejecutó la banda el *Gernikako arbola*, desfilaron las corporaciones y los invitados, y el gentío invadió los jardines para contemplar más de cerca la hermosa obra del señor Benlliure.

Réstanos enviar nuestra felicitación á la comisión de la estatua, á su ilustre autor, al señor Masriera, al reputado arquitecto señor Achúcarro que proyectó y dirigió el magnífico pedestal, á cuantas corporaciones y personas han contribuido á la erección del monumento y á los amantes hijos de Bizcaya que allende los mares iniciaron la suscripción.

Y ahora para completar la obra faltan dos cosas: levantar otra estatua á Trueba con la publicación de sus libros, y erigir en el campo-santo de Mallona un modesto mausoleo donde reposen las cenizas del insigne escritor bascongado.



Nuestro colaborador D. Carmelo de Echegaray escribió al Sr. Marqués de Casa-Torre la carta siguiente:

«San Sebastián, 10 de Noviembre de 1895.

Sr. Marqués de Casa-Torre.

Mi distinguido amigo: ¡Gran día el de hoy para los amantes de la raza euskara!

Al inaugurar el monumento que la admiración de sus paisanos ha levantado á la memoria de Trueba, cumplen ustedes un deber patriótico de los más dulces y laudables.

Trueba, de cuyos méritos literarios y artísticos no es esta ocasión de tratar, tiene para nosotros, para los que hemos tenido la dicha de nacer en el solar bascongado; un valor representativo y social de los más altos, porque á él debemos, antes que á otro ninguno, el que se nos haya concedido carta de ciudadanía en la república literaria del Universo en lo que Goethe hubiera llamado, con frase profundamente significativa, literatura del mundo.

Las narraciones de Trueba, impregnadas de no aprendida y misteriosa sencillez, aromatizadas por el saludable perfume de las flores agrestes de las montañas bascongadas, han sido heraldos que en todas las lenguas cultas de Europa han hablado al mundo de las excelencias de una raza, cuya sólida y bien equilibrada constitución social trasciende á los personajes á quienes dió vida el autor de los *Cuentos de color de rosa*, y les hace pasar por el mundo en medio de una atmósfera apacible de pureza y sanidad moral.

Por eso mismo, los deberes que tenemos con Trueba no son solamente deberes de admiración; son deberes de gratitud. No basta que le admiremos, poniendo en juego nuestras facultades intelectuales, y quilatando las bellezas artísticas y literarias de sus obras en prosa y verso; eso pueden y deben hacerlo los que con Trueba no tienen los vínculos dulcísimos y sagrados que tenemos nosotros, los que somos hijos de la misma raza de donde él procedía, los que vamos pasando nuestros días en las mismas montañas y valles que cautivaron el alma tiernísima de *Anton el de los cantares*. Lo que nosotros debemos hacer, sobre todo, es amarle, pero amarle con arranque generoso, con nobilísima efusión, teniendo á gala confesar, y declarando muy alto, que el monumento que hoy se inaugura, más que otra cosa, significa el cariño con que los hijos de Aitor guardan la memoria de quien fué para ellos á manera de faraute que de nación en nación y de gente en gente, fué pregonando las perfecciones y grandezas morales de la raza euskalduna.

Fué nuestro cantor, fué nuestro poeta: justo es que su me-

moria sea también nuestra, y la conservemos, no solo en los broncees, no solo en la maravilla que ha brotado á impulso de la genial inspiración de Benlliure, sino en lo profundo del alma, allí donde se guardan todos los grandes amores y todos los grandes recuerdos.

Siempre de V. devotísimo amigo que l. b. l. m.

CARMELO DE ECHEGARAY.»

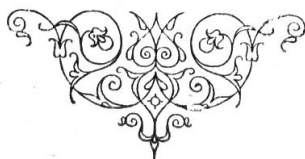
Por último, nuestro Director dirigió al Sr. de Arteche, en tan memorable día, el siguiente telegrama:

«Presidente Diputación Bizcaya

Bilbao

Pie estatua inolvidable Trueba deposito recuerdo. Mas allá... una oración.

ARZÁC.»



LOS BASCONGADOS EN AMÉRICA

Don Blas de Lezo y el último sitio de Cartagena de Indias

1741

(CONTINUACIÓN)

La irritación y la soberbia de los ingleses en el entretanto crecía á medida que era más porfiada y tenaz la resistencia de aquel puñado de heroicos españoles; y era tanta mayor su irritación cuanto que no llegaron á sospechar jamás que aquellos sencillos baluartes, defendidos por gente muy reducida y cansada, que apenas podía relevarse en las penosas faenas del servicio, hubieran podido resistir tanto tiempo los efectos de su enérgica y poderosa artillería.

Era llegado el 28 de Marzo, y después de quince días de un bloqueo formidable, cual no lo llegaron á sufrir jamás las riberas del Nuevo Mundo; después de haber perdido varios de sus mejores navíos y muchos soldados de su ejército, picado ya de enfermedades perniciosas que lo amagaban con los horrores del estrago; á pesar de un tan extraordinario alarde de fuerza, cuya vista encogía el ánimo, y del abandono en que hallaron aquellas playas, abiertas á toda hostilidad por errores ó impericias funestísimos; á pesar de todo esto, tan solamente habían conseguido la ventaja despreciable de arrasarnos las dos baterías más débiles que defendían la entrada del canal. El castillo de San Luis, caballo verdadero de batalla, que había que rendir á toda costa, no obstante el considerable número de bombas y balas rasas que le habían arrojado, se sostenía en pie á despecho de

las leyes del equilibrio y de la balística y de la pericia de Generales y oficiales tan experimentados como eran los que dirigían el sitio. Era de todo punto necesario hacer un supremo esfuerzo y arruinar en breves días aquel obstáculo inverosímil; apoderarse de las orillas del canal; tomar todas sus posiciones, aun aquellas más secundarias y volver, siendo posible y eficaz, contra los navíos de Lezo las bocas de nuestros propios cañones. Desalojar las baterías de Punta de Abanicos y la del Varadero, y también la que defendía el estero de Pasacaballos, y proteger de esta suerte el paso de la escuadra.

Abrigan, por otra parte, también, y era natural que lo abrigasen, el temor de no poder á su tiempo utilizar todas las virtudes militares de un ejército numeroso, que tantos sacrificios había costado transportar á parajes remotos, en donde corría el peligro de que se resintiera el espíritu militar y la disciplina, tanto por efecto de la inacción forzosa á que estaba sujeto, como por las enfermedades propias de aquellos climas, que en breve podrían diezmarlo.

Solicitados por tales estímulos y preocupaciones hicieron desembarcar la mayor parte de las tropas, que acamparon sobre los linderos de un terreno pantanoso, detrás de los baluartes arrasados de San Felipe y de Santiago; construyeron una batería de veinte cañones de á 24 y otra de morteros; hicieron sus esplanadas, atrincheraron el campo, y rozando el bosque espeso que los separaba del castillo, abrieron un camino ancho por donde, en momento oportuno, habrían de dirigirse hácia él y dar el asalto. Este asalto al castillo y el abordaje á los navíos de Lezo, en grandes lanchas que tenían preparadas, aprovechando la confusión de nuestra tropa que, al verse por todas partes acometida y amenazada de caer prisionera, no sabría defenderse, habían de ser operaciones simultáneas, tan rápidas y precisas que, no dándola tiempo á reconcentrarse sobre un punto cualquiera, ni siquiera á embarcarse para retirarse á la plaza, se le podría cortar la retirada, coparla y hacerla prisionera. Estos propósitos del enemigo, comunicados al General Lezo por un soldado irlandés pasado á nuestro campo, no llegaron, por fortuna, á tener en todas sus partes tan cumplida realización.

Animados de tales intentos, al mediar la noche del 29 de

Marzo, sorprendieron la batería del Varadero, de cuatro cañones, mandada por el oficial de marina D. Jerónimo de Loizaga, quien, después de haber clavado las piezas, se retiró con su reducida tropa á bordo de la balandra del cargo de D. Pedro Mas, fondeada en aguas de la bahía, cuyos cañoncillos á metralla obligaron al enemigo á retirarse y abandonar la recién conquistada batería. Poco después, esta tropa, guiada, sin duda, por buenos prácticos, que conocían los pasos enjutos de aquel terreno anegadizo y pantanoso, dividióse en dos grupos, y siguiendo las opuestas orillas, atacaron á la vez por distintas partes las baterías de Punta de Abanicos, de catorce cañones, en donde su Comandante, D. José Campuzano, oficial también de marina, hizo porfiadísima resistencia y estuvo á punto de caer prisionero: pero consiguiendo al cabo clavar los cañones y retirarse al castillo de San José. Las reducidas guarniciones de estas baterías, como se ve, pelearon en la obscuridad de la noche contra fuerzas muy superiores, á quienes hicieron más de treinta muertos, y no abandonaron sus puestos sino arrollados por el número, pues dejaron en el campo los cadáveres de un teniente de artillería, cinco soldados, cinco marineros y tres negros.

En cuanto amaneció dispuso el General Lezo ocupar las baterías perdidas, hácia las cuales, desde que apuntó el día hasta bien entrada la noche, dirigieron los ingleses las bocas de sus cañones, castigando á los que trabajaban con ahinco en reforzarlas con faginas y piquetas y en desclavar los cañones. Observó al propio tiempo que, mientras varias lanchas enemigas sondaban la entrada del canal, ejecutaba la escuadra ciertas maniobras, por las cuales llegó á sospechar que muy en breve podrían ser por ella hostilizados y que tales movimientos obedecían, sin duda, á un plan definitivo de ataque. La ocasión no se hizo esperar, porque á poco empezó el fuego contra los que trataban de poner en condiciones de defensa las baterías de Punta de Abanicos, y en su vista las hizo el General Lezo reforzar con buen golpe de gente.

A este tiempo recibió aviso del oficial que mandaba la pequeña batería de Pasacaballos de que una fuerza enemiga marchaba por el estero con intento de apoderarse de aquel paraje, importante á todas luces, porque podrían cortar el paso á los ví-

veres y socorros que por él recibía la plaza. Para evitar este contratiempo dió encargo de proteger aquel paso al capitán de fragata D. Pedro de Elizagarate, quien marchó con ciento veinte hombres.

Como se ve, el animoso General de marina no daba tregua á las más acertadas providencias encaminadas á prolongar á toda costa la defensa del canal; á todas partes alcanzaba su celo, estimulado ahora, más y más por los movimientos inusitados y sospechosos que observaba en el campo enemigo, desde donde no cesaban sus morteros de arrojar bombas sobre el castillo de San Luis y sobre los navíos que cerraban el canal, en los cuales estaba próximo á agotarse el repuesto de la artillería.

Hasta el día 2 de Abril no empezó con verdadero furor el bombardeo. A las siete de la mañana, una batería de diez y seis cañones de á 24 y otra de doce morteros rompieron á un tiempo el fuego por la parte de tierra. El castillo de San Luis y los navíos de Lezo, en particular, fueron el blanco de sus proyectiles; blanco seguro, en donde se aprovechaban casi todos los disparos.

Para responder al ataque hizo el General de marina atravesar su navío, el *Galicia*, que rompió un fuego vivo y muy cierto; tanto que al mediar el día hubo conseguido incendiar la batería enemiga, que suspendió el suyo hasta las tres de la tarde, en que, remediados los daños, volvió á romperlo más nutrido y porfiado. El día fué de prueba para el animoso General Lezo y para su navío, desde el cual envió al campamento inglés setecientos sesenta proyectiles. A la puesta del sol la cartuchería estaba agotada y destrozadas muchas cureñas; hizo cesar el fuego y volvió el navío á ocupar su puesto en la línea.

El comandante del castillo, que venía observando la orientación y disposición de las baterías enemigas, á las cuales no podía ofender con éxito, por haberlas construido sobre la prolongación de la capital del ángulo flanqueado del baluarte, convencido ya de que el intento no era otro que el de batir en brecha al castillo, hizo practicar en la cara izquierda del baluarte una cortadura para cuatro troneras; cortó oblicuamente los merlones del parapeto, y, aunque en aquel lugar no halló materiales adecuados para poner la cortadura á prueba de cañón, hizo funcio-

nar los suyos con tal acierto que, en unión con los de el *Galicia*, destrozaron las baterías del enemigo y provocaron más su coraje.

A la mañana siguiente empezó el fuego con el mismo aparato de fuerza batiendo en brecha al castillo. Para protegerlo en cuanto fuera posible, viendo el General Lezo cuánto habían incomodado al enemigo las baterías de su navío, hizo en este día atravesar en la canal, de la misma suerte, el *San Felipe*. El fuego de una y otra parte fué horroroso, recibéndolo á pecho descubiertos los ingleses con valentía ejemplar. A esto, el Almirante Vernon dispuso que ocho de sus mejores navíos de setenta á ochenta cañones levaran anclas; corrieron un bordo para afuera y virando despues, al aire el velacho y sobremesana, fuéronse acercando al segundo comandante; se prolongaron luego en la dirección correspondiente, y poniéndose en facha, empezaron á batir el castillo y los navíos de Lezo, á un tiempo, con valor y osadía admirables. Otros dos navíos batían al propio tiempo las baterías de Punta de Abanicos, y corriéndose nuevos buques hácia la ensenada de Varadero, protegieron sus cañones el desembarco por aquella parte. El fuego entonces se hizo general en toda la línea por una y otra parte; derribaron los parapetos del castillo de San Luis del frente del ataque, desmontaron su mejor artillería, y no cesó el fuego hasta que, cerrada la noche, despues de haber arrasado también las baterías de Punta de Abanicos, se retiraron á ocultar los destrozos que les causaron nuestros proyectiles.

Esta noche suspendieron el fuego los morteros, y el comandante del castillo, aprovechando la tregua, sin dar descanso á su tropa, castigada tan crudamente, hizo construir, sobre los arruinados parapetos, una batería de siete cañones; los materiales no podían ser más frágiles, pues consistían únicamente en cestones llenos de escombros.

Con cuatro navíos empezó, el cuarto día del mes de Abril, á las seis de la mañana, el fuego contra los únicos obstáculos que entorpecían la entrada del canal: eran estos el castillo de San Luis y los averiados navíos del General Lezo, desde donde el Virrey Eslava presenció la función de este día. Poco despues de las nueve de la mañana, el General de marina, que dirigía des-

de el puente de la *Galicia* el ataque, quedó herido en el muslo y en una mano: y no abandonó su puesto de honor hasta que, al anochecer, se retiró el enemigo. El *Galicia* quedó en este día sin palo mayor y sin trinquete, destrozados por completo la cámara y los camarotes y con varios cañonazos debajo del agua.

En tanto que por la parte del mar eran tan rudamente batidos los navíos del General Lezo, las baterías de tierra enfilaron las bocas de sus cañones contra la cara izquierda del baluarte de la derecha del castillo de San Luis, en donde era ya materialmente imposible mantenerse por más tiempo; se les contestó, sin embargo, con tanta entereza á las baterías y á los navíos á un tiempo, que al anochecer fueron estos obligados á retirarse con grandes destrozos.

Las pérdidas fueron por nuestra parte, como en el día anterior, muy sensibles; el castillo quedaba casi desmantelado, destruidas sus baterías, diezmada y abatida su guarnición y perdida la esperanza de la más ligera resistencia. Conociendo el General Lezo que se acercaba el momento de abandonar aquellos parajes, tomó la providencia de despachar con tiempo á la plaza cuantos pertrechos pudieran ser codiciados por los ingleses y que al propio tiempo malograsen los resultados de una rápida retirada: hizo conducir los muertos y heridos á una balandra para que los llevasen á la plaza, y tras ellos marchó también todo el repuesto de la pólvora, quedándose únicamente con la que consideró que habían de necesitar las baterías de sus bordos. El General Eslava, convencido ya que ni el castillo ni los navíos podían resistir un día más los efectos de la artillería enemiga, se despidió también para la plaza, antes de amanecer el día 5, con ánimo, dicen, de preparar la retirada de aquellas fuerzas, enviando al efecto los botes y lanchas en que pudieran embarcar y restituirse á la plaza.

Amaneció el quinto día del mes de Abril, último de aquella memorable empresa, en que se escribió para siempre la página hasta entonces más brillante de la historia de Cartagena. A las cinco y media de su mañana empezó el fuego combinado del enemigo con diez y ocho cañones y veinte morteros por tierra y cuatro navíos de setenta piezas contra las ruinas del castillo de San Luis y contra los agujereados navíos del General D. Blas de

Lezo, uno de los jefes más heróicos de la marina española. A poco quedó practicable la brecha del castillo; enmudecieron sus cañones, dirigiendo entonces los ingleses todas sus fuerzas contra los inermes navíos de Lezo, á los cuales arrojaban también balas rojas y flechas incendiarias. En el *Galicia*, navío el menos castigado, se inició por dos veces el incendio; su estado no podía ser más lastimoso ni miserable; no le quedaba apenas rumbo, pues toda la proa y costado de babor, desde la lumbre del agua para arriba estaba hecho astillas, y debajo de la línea de flotación fueron también tan numerosos los cañonazos recibidos que apenas los carpinteros y calafates podían dar de mano al trabajo de cortar las vías de agua.

Antes de mediar el día, conociendo el Comandante del castillo la ineficacia de cualquier esfuerzo que se intentara para conservarlo por más tiempo, pues había caído el parapeto con toda la cortina, desde el ángulo de tierra hasta el de la mar, pasó á bordo del *Galicia* á participar al General Lezo, de quien maliciosamente dijo que lo halló «en un paraje retirado en el mar para la seguridad de su persona» que, estando la brecha practicable para el asalto del enemigo, y habiéndose de retirar con la guarnición, pusiese en conocimiento del Virrey aquella novedad para que en su vista adoptase los medios convenientes á fin de no quedar prisioneros de los ingleses.

Así lo comunicó el General Lezo en una carta que hizo firmar también á D. Carlos Denaux, después de oída su relación y de haber reconocido por sí mismo el estado miserable de la fortaleza.

Siendo ya los momentos contados, y observando con gran pesar el prudente General de Marina el abandono en que estaban por parte de las autoridades de la plaza, y la escasa solicitud que mostraba el Virrey en proteger, en situación tan crítica, á los míseros defensores de aquel paso, que no supo ó no quiso adoptar, en tiempo oportuno, los medios de conservarlo, dió orden al Comandante del castillo de que se retirase á él y procurase defenderlo y organizar la retirada, que era ya lo único que en realidad le quedaba que hacer, esperando las horas de la noche, á cuyas sombras enviaría los botes y lanchas que fueran necesarios para recoger la guarnición á bordo de los navíos, en

donde podrían esperar la llegada de los socorros que se esperaban de la plaza. Pasó luego á una canoa á dar órdenes por sí mismo á los comandantes de los demás navíos de lo que habían de practicar en los momentos de la retirada: estas órdenes, tan precisas como sencillas, reducíanse en sustancia á echar á pi-que, en una hora dada, los cuatro navíos, en el centro mismo del canal, á fin de interrumpir por algunos días más el paso á la escuadra enemiga. Pero cuando apenas había terminado esta operación vió el General Lezo que se producía en nuestra tropa la confusión más espantosa.

Eran las cinco de la tarde, y el sol en su declive caminaba con lentitud desesperante para los heróicos defensores del canal de Boca Chica, quienes solo en las sombras protectoras de la noche esperaban su salvación. Pero los ingleses, que sospecharon, sin duda, los propósitos del General español, viendo que los navíos de Lezo permanecían casi mudos y que la brecha del castillo estaba practicable, impulsados por una súbita inspiración desbarataron en pocos momentos los planes de nuestro prudente General. Las baterías de Punta de Abanicos y la del Varadero volvieron nuevamente á su poder, y allí quedaban todavía el derruido castillo y los inútiles navíos, brindándoles, con sus amortiguados y lentos cañonazos, la ocasión del asalto y del abordaje; y á ellos marcharon con bravía y varonil resolución.

Más de cincuenta lanchas, mal contadas, llenas de soldados, tripuladas por fogosos marineros que las impulsaban con febril excitación, penetraron en el canal, y marchando á todo escape sobre los cuatro navíos que, guardando la cadena, cerraban su boca, dieron ocasión al tumulto que se produjo en sus tripulaciones. El caso, por lo inesperado y atrevido, fué muy apropiado para causar asombro en quienes confiaban dejar tranquilamente aquellos parajes protegidos por las sombras misteriosas de la noche.

Los soldados del castillo de San Luis, que fueron los primeros que observaron aquel avance, solicitados, sin duda alguna, por ese sentimiento de conservación, tan lógico y natural en análogas circunstancias, que suele revelarse mucho más acentuado como agotamiento de toda fuerza moral, en las crisis

que siguen á los más grandes heroísmos y á los esfuerzos más extraordinarios, viendo que casi todo el grueso del ejército dividido en tres columnas avanzaba resueltamente hácia el castillo para atacarlo por la puerta y por la brecha, mientras la tercera división lo rebasaba con el intento de cortar la retirada á cuantos tuvieran la suerte de escapar al furor de los asaltantes, se declararon en completa dispersión. Todos á un tiempo pretendían escapar de la fortaleza; ni respetaban, ni siquiera podían oír en tal estado de agitación las intimaciones de los oficiales que se esforzaban inútilmente en reducirlos al cumplimiento del deber. La marcha de las columnas sobre el castillo era resuelta, ordenada é imponente, y una lluvia de proyectiles que arrojaron desde las baterías sobre aquella mísera guarnición, fué la respuesta que daban los ingleses á las señales de parlamento que observaron en la muralla. Conociendo por estas demostraciones la suerte que le esperaba, conturbada hasta lo infinito, pues se consideraba irremisiblemente cortada por mar y por tierra, viendo que avanzaba aquella ola de gente irritada y soberbia, despreciando las banderas y las cajas de parlamento, con intento de pasarlos á cuchillo, según alguno pudo sospechar por las voces y por los ademanes, creció á tal punto la consternación y el espanto que, sin respetos de ninguna clase á los oficiales, que se les oponían para emprender en buen orden la retirada, abandonó las ruinas del castillo en los momentos en que los primeros granaderos ingleses salvaban la brecha; y en confusión y gritería espantosa, á la voz de ¡que nos cortan! ¡que nos cortan! huyendo á la desbandada hácia la playa se arrojaron los primeros que llegaron precipitadamente en el mar.

El pánico de esta tropa se propagó rápidamente á las tripulaciones de los navíos; en ellos se dieron también órdenes que no pudieron ser cumplidas con la exactitud rigurosa que en tales casos se suele esperar de un ejército disciplinado. Fué aquel un momento de verdadera locura, en el cual se manifestó, con gran tristeza del pundonoroso General Lezo, el delirio del miedo. Todos rivalizaban en abandonar sus puestos, y animada la soldadesca de un solo sentimiento egoísta, el de la propia conservación, emprendieron una huida vergonzosa, impropia de quienes habían expuesto sus vidas por espacio de tantos días á las

iras de un enemigo soberbio y poderoso. Únicamente el navío *San Carlos* fué echado á pique siguiendo su comandante las instrucciones que se le habían dado. El *San Felipe* y el *Africa*, afanosas sus tripulaciones de abandonarlos sin perder momento fueron incendiados; y la *Galicia*, que carecía entonces de botes y lanchas, pues casi todos los había enviado el General Lezo á la playa para recoger á los que huían del castillo de San Luis, fué apresado con su capitán D. Juan Jordan, el de batallones D. Lorenzo de Alderete, el subteniente D. Juan Dominguez de Ordozgoiti, un piloto irlandés y treinta hombres entre tropa y marinería.

A este tiempo llegó al lugar del suceso el Virrey D. Sebastián de Eslava con los socorros de lanchas y botes y fué testigo de aquella confusión; se recogió en ellos la tropa y marchó hacia la plaza. Poco después, amparados por las sombras de la noche, abandonaban los dos Generales aquellos parajes en donde flotaba el espíritu de tanto heroísmo y de tanta abnegación, malogrados por la impericia, ya que no por la mala fé, de una emulación torcida y vergonzosa. El General Lezo, entristecido por dejar á la espalda en poder del enemigo aquellos lugares señalados con su propia sangre y perdidos en la canal sus cuatro navíos, partió en dirección de Boca-grande acompañado del Virrey Eslava á disponer que los dos navíos del Rey y uno del comercio que vigilaban aquel paso, levasen anclas y fuesen á cerrar la entrada del puerto, entre Castillo grande y la batería del Manzanillo. Dispusieron las defensas de este importantísimo punto, y «á las cuatro de la mañana—dice el General Lezo en su Diario—me restituí á la ciudad, después de veinte y un días de Boca-chica y diez y siete de combate continuo, de noche y de día, de fuego de cañon, bombas, flechas y balas rojas, cuyo suceso no esperé, (el de la rendición) y se hubiera terminado la empresa de los enemigos en aquel sitio si D. Sebastián de Eslava, como lo solicité, hubiera querido oponerse al desembarco, formación de baterías, y aun despues de hechas, si se hubiese dispuesto una salida general para destruirlas, porque reconocí muy de los principios que los enemigos no intentarían forzar el puerto hasta que no hubiesen arruinado el castillo, y navíos con sus baterías de tierra, no obstante de que no había más de cua-

tro que lo defendiesen, y tener ellos treinta y ocho, desde 60 hasta 80 cañones, sin comprender las fragatas; y sin duda, si se hubieran dado las providencias de evitar el daño que se originó de tierra, ni el castillo ni navíos se hubieran perdido, y los enemigos se hubieran retirado de aquel paraje, según lo que se reconoció por sus operaciones y recelo con que entraban á atacarnos; quedando, como claramente vimos, diez navíos imposibilitados de hacer fuego, ni entrar más en combate, creyendo también han perdido mucha gente en los diez y siete días, así de sus navíos como de la tropa; y no se creerá que un armamento tan formidable haya tardado todo este tiempo para rendir un castillo que, en sustancia, no es más que un mal cuadrado revestido de cuatro baluartes imperfectos, su mampostería y parapetos muy malos, como queda referido, sin tener un sitio á prueba de bomba ni cañon donde abrigar la gente, pólvora y víveres, como la experiencia lo ha manifestado; cuya fortificación y navíos, en el tiempo de su sitio han disparado seis mil sesenta y ocho bombas y más de diez y ocho mil cañonazos. Y pocas veces se habrá visto que los navíos batan en brecha, y si no hubiera sucedido la precipitada fuga de la guarnición del castillo, sin duda ninguna no hubieran entrado en él, si se hubieran dado á tiempo las providencias convenientes de enviar gente para la defensa de la brecha, añadiendo que si otro cualquiera hubiese atacado aquel castillo la misma noche del día 20 de Marzo, ó 21, á más tardar, se hubiera alojado al pie de su muralla y le hubiera pegado el minero para volarlo ó rendirlo; pero no lo hicieron así, y por eso, y los socorros diarios que tuve cuidado meterle de gente, víveres, pólvora y balas, pudo dilatar su defensa diez y siete días.»

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



LOS PASTORES DEL BAZTAN

Es conveniente que sepan las gentes cómo viven algunos de sus semejantes en este fin de siglo, porque se tiene la idea de las comodidades que ofrece el dinero y no de las ventajas que que concede la naturaleza.

En el Baztan, cerca de los Alduides, formando parte de la cordillera pirenaica se halla situado el altísimo monte Auza y en una borda de ganado de este monte nos propusimos enterarnos de la vida que hace el pastor.

Salió á recibirnos un zagalón fornido, de unos diez y ocho años, alto y colorado. Fisonomía clara, sonriente, con una dentadura que envidiaría la mujer más hermosa y unas piernas capaces de luchar con el ciclista más intrépido.

Estaba envuelto en una manta á pesar de que hallándonos en el mes de Diciembre soplabá el viento sur y no se sentía el frío en aquellas alturas.

La borda se encuentra á unos cien metros de la muga que separa á Francia de España, por medio de una línea imaginaria, pues la naturaleza no puede explicarse de otro modo las opuestas formas de gobierno y de manera de ser de los pueblos donde los productos ni la tierra cambian.

Nada en aquel punto indica que se sale de España para entrar en Francia, porque es el mismo prado el que pertenece á ambas naciones, la misma montaña común de una y otra, la misma cosecha repartida entre la república y la monarquía.

El colono de aquel trozo de terreno no sabe cuando lo trabaja á quién debe obediencia, si á Mr. Faure ó á la Reina Regente, y si posee una peseta española al comienzo de su predio en el final queda reducida á 85 céntimos.

La demarcación de la frontera en aquel sitio es muy caprichosa; una piedra en el centro de un herbal, piedra que se ha

convenido en que por un lado represente la corona y por otro el gorro frigio.

Ni de cerca, ni de lejos se vé ese aspecto que da á las fronteras una separación fluvial ú otro obstáculo de la naturaleza.

Allí nada, por no haber nada ni un ser viviente, excepción hecha del pastor, su rebaño y nosotros.

Observábamos el panorama delicioso en aquellas altitudes y el joven pastor nos llamaba la atención hácia los picos, diciéndonos, que adonde llegaba el límite de la sombra á la hora del medio-día en los pelados riscos del Auza, pertenecía á Francia, y del lado de Febo á España, casi una frontera móvil.

Este baño de sol en la cúspide de la montaña sirve de reloj al pastor que sin grandes diferencias, acierta con la hora menos cuando el cielo nublado le quita la noción del tiempo, que por otra parte dado su género de vida, le es indiferente.

Habita la borda con 300 ovejas, que según la temperatura se recogen bajo techado ó pastan en el campo.

No hace uso de la lengua más que para cantar, gritar al rebaño, ó masticar los alimentos, porque en aquella soledad son un lujo las palabras.

Dos veces al día atiende al sustento y asombra la frugalidad de este muchacho que llena sus necesidades con tan poco y sin detrimento de su robustez y fuerza.

Por la mañana un par de tortas de maíz apénas pasadas por la lumbre y un pedazo del durísimo queso que fabrica con leche de ovejas, esto es todo, repetido al anochecer, y rociado con agua pura y cristalina de los ricos manantiales que brotan por doquier entre peñas y riscos, batida, aireada y espumosa cual inmejorable champagne, y para descanso un lecho de hojas secas dentro de la borda.

Cada quince ó veinte días baja á una de aquellas aldeas del Baztan que á sus ojos tienen las proporciones de un París ó de un Londres.

Este sistema de vida de un mortal á fines del siglo XIX y en la época del vapor, de la electricidad y demás adelantos modernos, supone que en el monte nada ha variado y que se conserva la existencia cual hace quinientos años.

Pero como los extremos se tocan, la ciencia moderna que preconiza el oxigenarse como un bien para la humanidad, nada

tendrá que argüir en contra de este medio de obtener un régimen de oxígeno puro.

Lo narrado acerca del pastor que encontramos en nuestro camino, puede servir de retrato de la mayor parte de los que cuidan rebaños en el Baztan.

En frente del monte-Auza hay un puerto formado por dos altas montañas y hasta él llega la nueva carretera que desde Elizondo y pasando por Errazu se dirige á Francia. En lo alto del puerto está la muga que separa las dos naciones y allí termina la carretera. Los franceses no han construido el ramal que necesitan para unir la parte española con el pueblo de Baigorri al pie de la sierra.

De aquel lado del Pirineo tiene Francia un ferro-carril estratégico, paralelo á la frontera, y que se extiende desde Bayona á Osens, pasa por Baigorri y pronto llegará hasta San Juan de Pie de Puerto, en cuyo punto el gobierno francés, dueño de este ferro-carril, está construyendo un fuerte de importancia para la defensa de aquel paso.

Este valle del Baztan que demuestra en sus campos la labor incesante de que es objeto, exhala las ricas emanaciones de heno, alimento nutritivo del hermoso ganado que se cría.

Todo señala la riqueza del país. El aspecto de las tierras y la grandeza, relativa, de los pueblos.

Multitud de antiguas casas solariegas refugio de la nobleza en otros tiempos, estan hoy ocupadas por la nobleza del trabajo que al restaurarlas ha modificado su tétrico aspecto por el de alegres viviendas modernas.

Irurita es una preciosidad, cada casa es un palacio y todo él sobre una loma un pueblecito de nacimiento.

La emigración basco-nabarra tiene sus corrientes; mientras los guipuzcoanos se dirigen con preferencia á la República Argentina, los Baztaneses emigran á México, donde hay una colonia numerosísima.

Por eso al contemplar los monumentales edificios de los pueblos de aquel valle se concibe que hayan sido levantados con onzas mexicanas.

ALFREDO DE LAFFITTE.



LAS PILAS ELÉCTRICAS CARGADAS CON AGUA DE MAR

Estos días se ocupa la prensa, de un artículo publicado por el R. P. Rodríguez, fraile Agustino que reside en el Monasterio del Escorial, respecto á su invento de cargar con *agua de mar* las pilas eléctricas, en vez de las sustancias que hoy se emplean.

El nombre del P. Rodríguez no es desconocido; autor de obras tan importantes como la Física y la Química Moderna, su colaboración en revistas importantes, su invento del *teledikto eléctrico ferroviario* merced al cual puede decirse que los choques resultan imposibles, é infinidad de méritos y conquistas científicas debidas á su laboriosidad y talento incansables, son garantías que le reservan un lugar preeminente en el mundo de las ciencias.

La historia de las pilas eléctricas en el transcurso de un período de años si es breve en cuanto al tiempo, límite factor del esfuerzo de las criaturas, en cambio, respecto á los hechos, nos da material bien fecundo y abundantísimo, que corrobora los progresos en la rama de las ciencias referentes á la electricidad.

Desde la pila de Volta con sus modificaciones, que tuvieron como principal origen aquella discusión tan memorable entre dicho físico y su contemporáneo Galvani; más tarde Smeé, Wollaston, Walker, Maiche y posteriormente las impropriadamente llamadas *pilas de corriente constante*, inventadas al objeto de evitar que disminuyan tan rápidamente su energía, y que comenzando por las *pilas de sales*, tenemos la de Daniell que lleva el sulfato de cobre como despolarizante, las de Marié Dary y Gaiffe que tienen al sulfato mercurio; también en las de *ácidos*, la de Bunsen que contiene ácido nítrico; en las de *bases*, la de Leclanché con bióxido de manganeso así como también las de Tyer

y de Clarke; y en las de *mezclas* como las de Radiguet, Trouvé, Grenet, Gaugain y otra multitud de pilas especiales, aplicadas á diversos usos y circunstancias, son motivos científicos y argumentos que engrandecen á la sociedad y al saber humano en el desarrollo de sus adelantos.

Un *paso más* para coronar esta breve historia estaba reservado al humilde Fr. P. Rodríguez; un paso más que fuera honor preclaro á las glorias de la Religión y de la ciencia. En efecto, la importancia é interés tan extraordinarios que revela en sí el invento, (caso de llevarse á la práctica), son incalculables por la economía que el proyecto implica como agente principal y base de utilidad que beneficia á la industria en general. En estas provincias bascongadas, bañadas por el Cantábrico, las pilas alimentadas por el agua de mar serían aplicables á las instalaciones eléctricas, el alumbrado de los puertos, los faros, la telegrafía y telefonía; y respecto á las industrias que se hallan en el interior emplearíamos los medios de transmisión, y en los talleres de Bilbao, y hasta en la explotación de las minas podrían utilizarse con gran ventaja. También indica el P. Rodríguez, que podría aspirarse á que la electricidad llegara por este medio á ser el motor universal de los buques, mediante la instalación en ellos de las pilas, alimentadas del agua de mar, por medio de bombas ó automáticamente. Ganarían, así las condiciones de estabilidad y velocidad de los mismos, puesto que el peso de las pilas es, con mucho, muy inferior al de las calderas y demás accesorios de nuestras maquinarias.

Principio requieren las cosas, la idea se ha lanzado al campo de la ciencia, donde sus infatigables obreros investiguen, primeramente con pruebas evidentes, y por último, convertidas todas las hipótesis en realidad, pueda adicionarse esta brillante página al admirable libro que lleva por título *La electricidad*.

RAMÓN SORALUCE,

Licenciado en Ciencias.

San Sebastián y Noviembre 1895.
